

LITERATURA, LIBERTAD Y JUSTICIA

Eugenia REVUELTAS

Posiblemente algún desconocido había calumniado a Joseph K., pues sin que éste hubiese hecho nada punible, la señora Grubach, que diariamente le llevaba el desayuno a la cama, no apareció aquella mañana. Era la primera vez que ocurría esto. K. esperó aún un momento y miró apoyado sobre su almohada a la anciana que vivía frente a su casa, quien le observaba con una curiosidad desusada; después, extrañado y hambriento al mismo tiempo, pulsó la campanilla. En ese mismo instante llamaron a la puerta y entró en su dormitorio un hombre al que nunca había visto en casa. Era un personaje esbelto, de aspecto fuerte, enfundado en un traje negro y ceñido, parecido a una indumentaria de viaje, en el cual se advertían pliegues, hebillas, bolsillos, botones y un cinturón que prestaban a esa vestidura, sin que se supiera claramente qué utilidad tenían esas cosas. —¿Quién es usted?— inquirió K., incorporándose en su cama [...]¹

El texto de Kafka es paradigmático en dos sentidos: primero, como testimonio de la represión que ejerce el Estado-poder contra el individuo y sus libertades fundamentales. K., desposeído ya de su nombre, es la víctima inerme de la fría crueldad del Estado que le va arrebatando una a una sus libertades. Acusado de no se sabe nunca qué delito y reprimido por culpas que él ignora, pierde inexorablemente la libertad, ejercicio de la justicia que podría rescatarlo de las garras del poder, y finalmente la vida. Qué muestra más fehaciente de la agresión contra el individuo que este absurdo y enloquecido proceso en el que el personaje protagonista se ve involucrado. El texto de Kafka es paradigmático como muestra de las estrategias a partir de las cuales el escritor denuncia su sociedad sin caer en los fáciles cami-

¹ Franz Kafka, *El proceso*, Madrid, Edaf, 1989, pp. 33-34.

nos del panfleto. Como bien lo ha señalado Milán Kundera en un ensayo sobre Kafka, en este texto el autor no solamente hace una “descripción y crítica desde la perspectiva burguesa”, como lo señala George Lukacs, sino que, en su proceso de metaforización de la realidad, sondea y revela, desde sus significados más profundos, la corrupción de los mecanismos de poder en el imperio austrohúngaro. El libro de Kafka posee un poder constatarario que creemos que no hay panfleto político ni descripción puntual, objetiva e histórica que tenga la fuerza y poder de convencimiento de la novela en relación con el tema tratado. Todo lector de esta novela ha experimentado, junto el señor K., el terror-pánico que el asedio inquisitorial del poder despierta en el protagonista.

Es en el siglo XVIII y principios del XIX cuando la noción de derechos humanos va a tener el sentido que para nosotros posee actualmente. Cierto es que desde la Edad Media hasta el XVIII, los derechos fundamentales del hombre han sido tema de reflexión de filósofos, historiadores y literatos, pero cuando el ataque a esos derechos y su enajenación se realiza por las instancias del Estado, es en ese momento en que podemos hablar de los derechos humanos.

La Ilustración y la Revolución francesa van a hacer hincapié cada vez más en señalar las conflictivas relaciones entre el hombre común, el ciudadano, y las instancias del poder. Como todos sabemos, cuando un grupo o un individuo tiene el poder, sea el rey o un tirano, la monarquía o la república, los cuerpos legislativos o judiciales, difícilmente quieren dejarlo, y sobre todo usarlo en función del beneficio ciudadano. Pues aunque en teoría todo lo que hacen esas figuras de poder es para el beneficio ciudadano, frecuentemente el ciudadano es más víctima que beneficiado.

Hasta este momento hemos hablado de la relación entre gobernantes y gobernados, pero también sabemos que esto se puede ampliar a las relaciones entre naciones débiles y poderosas, en las cuales las últimas arremeten contra los derechos humanos de los pueblos débiles o menos poderosos que son vencidos por ellos. Prueba palpable de esta situación es la monstruosa crónica de las guerras en las cuales los derechos humanos de los vencidos son letra muerta.

La literatura es tal vez la fuente más fidedigna para el conocimiento de tales barbaries. Citando sólo al azar los nombres de Homero, César, Tolstoi, Pérez Galdós, Stendhal, etcétera, que escriben novelas cuyo tema es la guerra y la enajenación de los derechos del hombre de un pueblo contra otro

pueblo; en el caso de la lucha de los individuos contra el poder, Kafka, Dostoyevsky, Heinrich von Kleist, Mann y tantos otros escritores que han levantado su voz para denunciar tales transgresiones. Posiblemente en medio de nombres tan prestigiosos, los de poetas y prosistas mexicanos pueden parecer muy modestos, y desde el punto de vista estético sin posibilidad de comparación con los grandes titanes de la literatura decimonónica; no obstante, cumplieron con su destino de hacer literatura de denuncia frente a las injusticias tanto en el plano de lo individual como en el de lo social y lo nacional, frente a los abusos del poder interior o exterior.

Como el tema del coloquio está centrado en el siglo XIX, no hablaremos de la literatura colonial que, muchas veces, oblicuamente o muchas veces como palabra amordazada por la represión, denunció la violencia ejercida contra el hombre común. Ceñidos al siglo XIX trabajaremos fundamentalmente a Vicente Riva Palacio y Heriberto Frías. En el primero de los autores, trataremos de la violación a los derechos humanos individuales, esos que por sólo tener resonancia en el ámbito del que la padece, parecieran menos importantes, pero que como lo ha demostrado Dostoyevsky y Kafka, en *Crimen y castigo* y en *El proceso*, respectivamente, el Estado ejerce una dura tiranía sobre el individuo, que resulta un ser indefenso frente a la máquina represora del Estado.

El segundo caso, la represión la ejerce el gobierno de Díaz contra un pueblo serrano que lucha por su libertad religiosa, y que es aniquilada, a pesar del heroísmo numantino de los rancheros. El tercer caso, *Calvario y Tabor*, de Vicente Riva Palacio, en el cual se narra cómo un nación poderosa agrede y mata a los habitantes de una nación más débil, que finalmente, y éste es el Tabor, acabará por vencerlos. El orden de nuestro análisis está dado por la fuerza del agresor, en el primer caso es un cuerpo legislativo, en el segundo un gobierno como instancia suprema de poder, y en el tercero un imperio.

La propuesta de este Congreso de Historia y Derechos Humanos, que ha buscado que ha buscado realizar análisis críticos sobre el tema a partir de diferentes disciplinas, obliga necesariamente a señalar cuáles son los mecanismos de acercamiento en torno al problema-objeto de estudio. Queda claro para todos nosotros que tal vez, y a diferencia de las aproximaciones histórica, jurídica, sociológica, antropológica, etcétera, el menos directo —y algunos dirían “el menos objetivo y verdadero”— es el literario, puesto que, a partir de los datos que la realidad y la historia le proporciona, el

literato va a construir un universo paralelo en el que los acontecimientos narrados no son *verdaderos* sino *verosímiles*; es el universo de la virtualidad y la posibilidad lo que da un sentido profundo a este universo. Si nosotros leemos un libro de historia sobre la invasión francesa en México, y luego leemos una novela como *Calvario y Tabor* de Vicente Riva Palacio o *Noticias del Imperio* de Fernando del Paso, veremos que ambos textos tienen como primer disparadero o materia preexpresiva la descripción e interpretación del acontecimiento histórico, realizado por historiadores profesionales, y que tales datos serán utilizados para construir un universo literario que recoja y exponga los sentidos profundos de los acontecimientos históricos a la luz de lo individual y de lo concreto cotidiano.

En el caso de Riva Palacio, que al mismo tiempo era historiador y escritor, se añade el hecho de que vivió o fue testigo de los acontecimientos narrados. Pero la primera diferencia sustancial, es la relación entre el escritor, los hechos y los personajes de lo narrado, que en el caso de la narración histórica, personajes y acontecimientos son históricos como exigencia mínima de la narración, y aspiran a ser objetivos y verdaderos; en el caso de la literatura, los personajes pueden o no ser históricos o de ficción, están permeados de subjetividad pero son absolutamente verosímiles; en la novela histórica contemporánea, es frecuente que el personaje histórico sea subjetivado, aunque los acontecimientos históricos se atengan rigurosamente a la objetividad histórica. Concretándonos a la novela *Calvario y Tabor*, los personajes protagónicos son de ficción y los históricos transitan por el espacio narrativo como figuras iconizadas que atienden estrictamente a la descripción e interpretación de la Historia. En *Calvario y Tabor*, es interesante reseñar la introducción de Ignacio Manuel Altamirano en la que señala el carácter transformador del texto literario:

Cuatro años de espantosa agonía, en que la víctima ha acabado por humillar al verdugo: He aquí el ‘Gólgota’ del pueblo mexicano, de este pueblo mártir, sobre cuya cabeza han dejado caer los farisaicos reyes de Europa su anatema y el poder de su fuerza brutal [...] Este libro encierra la historia de los dolores y de ese glorioso triunfo, revestida con las galas que la imaginación de un poeta ha sabido prestar a sus heroicos recuerdos, que son también los de la Patria.²

² Ignacio Manuel Altamirano, “Dos palabras”, en Vicente Riva Palacio, *Calvario y Tabor*, México, Ediciones León Sánchez, 1930, p. 9.

El autor es consciente del poder de penetración que tiene la ficción literaria, ésa que a partir de la imaginación de lo que hemos señalado como mundo alternativo permite pasar de un discurso académico y especializado, que podría constituir un obstáculo para el lector ‘sencillo’, al de lo concreto y cotidiano; añadiría yo que el paso de lo abstracto y general del discurso histórico al de lo concreto cotidiano de la ficción novelesca tiene un mayor efecto persuasorio. Esto sobre todo porque el héroe histórico de alguna manera permanece distante, y es difícilmente repetible en su heroicidad por el hombre sencillo, el pueblo, que aunque casi siempre es el verdadero protagonista del acontecimiento histórico de naturaleza bélica —pues sobre sus espaldas y sus vidas se sustenta el triunfo del héroe—, en la novela encuentra el reconocimiento que la historia no le da.

Tal vez podríamos señalar la propuesta de que la microhistoria puede modificar esta situación, y esto haga posible lo dicho por Luis González y González cuando, en un coloquio de historia y literatura celebrado en el Colegio de Michoacán. Dijo que si se cultivaba la microhistoria, ya no habría ninguna necesidad de hacer ni novela costumbrista ni novela histórica, declaración que levantó ámpula entre los participantes al coloquio, incluyendo a la que esto escribe.

Líneas más adelante, y tal vez conocedor de la facilidad con la que el hombre suele olvidar su historia, Altamirano hace su exhorto para que esta novela la lean las generaciones futuras, y que “la guarden en su memoria para que la evoquen cuanto esté próxima a extinguirse en su corazón la llama del patriotismo”.

Esta última oración refleja de manera oblicua el pesimismo y la desconfianza de Altamirano, pues él sabe qué proclives somos los mexicanos a desesperarnos y a abandonar los altos ideales que han dado lugar a la nación.

En el capítulo “Un calvario”, Riva Palacio narra uno de los momentos más trágicos de su obra: la ejecución de don Nicolás Romero, uno de los héroes de la guerra de intervención. De alguna manera había dado un indicio narrativo en dos de los primeros capítulos de su libro, “La caza de un gallo” y “El herido”, donde los franceses realizan un acto de real barbarie al matar a un gallo con brutal sadismo, muerte que para el narrador es una premonición de la muerte de Nicolás Romero, cuando dice: “si alguien hubiera pasado en aquel momento, no habría adivinado que acababa de representarse ahí la primera parte de aquel sangriento drama, cuyo desenla-

ce tendría lugar en la plazuela de Mixcalco de México”.³ En el capítulo antes mencionado, “El calvario”, los personajes protagónicos, Jorge y Murillo, leales defensores de la República, asisten a la plaza del Mixcalco para ser testigos de la ejecución de su coronel Nicolás Romero. La plaza de Mixcalco se había convertido durante los años del dominio imperial en un lugar ignominioso en el cual, contra todo derecho, los vencedores ejecutaban a los mexicanos fieles a la República. Antes, Mixcalco había sido el lugar de ejecución de los criminales, y tal vez aprovechando esa situación, como un reforzamiento a la humillación a la que sometían a los vencidos, habían abandonado la plaza de Santo Domingo, donde habitualmente se celebraban estos actos bárbaros, para hacerlos ajusticiar en esta otra plaza. Mixcalco también era un sitio que las consejas populares señalaban como *maldito y pavoroso*, donde se decía que “La Llorona”, una mujer infanticida, penaba.

La narración hace hincapié en la popularidad del héroe, que hacía temer a los franceses una posible sublevación del pueblo para impedir el asesinato del paladín, y de ahí que tomaran todas las precauciones posibles para evitarlo. Se había adelantado la hora; la guarnición estaba sobre las armas; la artillería lista; las patrullas y la gendarmería en movimiento; sobre todo, la policía secreta, esa víbora que brota como la yerba venenosa de los pantanos, del seno de los gobiernos impopulares, en una actividad espantosa.⁴

La denuncia de Riva Palacio contiene la enumeración de todos los elementos represivos con los cuales se atemoriza a la ciudadanía y se atenta contra los derechos fundamentales de ella. En este caso, la situación todavía es más deleznable, puesto que es un gobierno extranjero y depredador el que intenta poner un yugo a una ciudadanía, cuyo delito es luchar por su libertad y su vida, derechos inalienables. Al observar la entereza de Nicolás Romero y sus dos acompañantes, militares también, para aceptar la muerte, los jóvenes Murillo y Jorge, deciden continuar en la lucha: “Es necesario marcharnos cuanto antes, libertar a la patria, o morir como el coronel.”⁵

Podríamos continuar nuestro análisis con la extraordinaria novela *Noticias del Imperio*, que de tal manera va al nivel de significado profundo

³ Riva Palacio, *op. cit.*, p. 66.

⁴ *Ibid.*, p. 246.

⁵ *Idem*, p. 247.

del texto histórico que nos ha hecho modificar, transformar y leer de otro modo la historia y los personajes de la época del Imperio. Desafortunadamente, los escritores del siglo XX no son objeto de este coloquio.

Si *Calvario y Tabor* ejemplifica la enajenación de los derechos humanos que una nación poderosa ejerce contra una débil, el caso de *Tomóchic* ejemplifica la agresión que un gobierno puede ejercer contra una comunidad de connacionales. La novela a primera vista podría ser considerada sólo como una crónica de guerra, el texto que un joven militar elabora llevado por la indignación ante los crueles actos que el ejército comete contra una población rural, cuyo delito es pedir, luchar y finalmente morir en defensa de la libertad religiosa. Pero una crónica periodística que un escritor mercenario hace del acontecimiento, es tan falsa y complaciente con el poder que Heriberto Frías va a escribir Tomóchic como un acto de reivindicación de la lucha tomochitca.

Cuando el autor como joven militar es enviado a una campaña punitiva contra un grupo de rancheros de un pueblo serrano de Chihuahua, no sabe que va a ser testigo de la destrucción de toda una comunidad, cuyo heroísmo recuerda la defensa a ultranza de Numancia, que emblematiza a la *Matria*. Uso el término “matria” porque, en esta pugna entre el gobierno y los serranos, la oposición se da entre la manipulación gubernamental del sentido de “lo nacional” y la defensa, podríamos decir visceral y sin claudicaciones, de la “matria” terruño.

La narración, sobre todo en su última versión, está vinculada con la escuela naturalista francesa en la que Heriberto Frías se había formado. En ella va a relatar la gesta heroica de los tomochitecos sin paliativos y usando la objetividad narrativa que la escuela naturalista preconizaba: sencilla, directa y descarnada; esta novela nos cuenta la gesta popular desde la perspectiva de un narrador testigo.

Escritor objetivo, el narrador trata de no caer en el maniqueísmo de buenos y malos, porque es capaz de entender cómo los soldados, que forman parte del noveno batallón del ejército mexicano porfirista, también son un grupo de explotados. Así nos lo hace saber en los capítulos “Tropa heroica”, “La soldadera” y “Listo para matar o morir”. Los pelones y sus soldaderas son también víctimas del tirano como los rebeldes. Unos y otros mueren a manos de él. En la desigual campaña en la que los heroicos tomochitecos se enfrentan a un ejército profesional, el resultado es previsible: los sitiados serán víctimas del fuego y el hambre:

Los sitiados, enmudecidos ya, apenas contestaban; hacían fuego de vez en cuando, de abajo hacia arriba de la chimenea, desde cuyo remate, en sentido inverso, vaciaban a ciegas los asaltantes sus fusiles que producían un horroso crepitar sordo...

Después [...] de las horadaciones del techo, salieron lentamente columnas de humo negro y fétido. Las detonaciones cesaron [...] Los soldados que estaban en la azotea, sintiéndola crujir, saltaron a tierra. En esta vez, las descargas tomoches habían fallado. ¡Ni un solo cadáver, ni un solo herido había costado incendiar la inexpugnable fortaleza tomada por fuego y hambre [...]! Entonces todos comprendieron que los defensores agonizaban.⁶

La victoria del ejército federal es una victoria pírrica que va minando en forma definitiva el régimen del dictador. Los militares, horrorizados por la matanza, de alguna manera tratan de ayudar a los pocos supervivientes. Pero nada pueden hacer contra el heroísmo de un pueblo que muere voluntariamente en defensa de su derecho. Agonizantes,

[...] contemplaban con mirada vidriosa a sus vencedores, y los más fuertes levantaban los brazos, los puños crispados, incorporándose con un gesto de amenaza, retorciéndose con violencias de odio, concentrándose su última energía para gritarles:

—¡Viva el poder de Dios...! —¡Mueran los pelones!⁷

La narración cobra un carácter dramático en la que lo narrado es de tal manera monstruoso que se resiste uno a creer tal barbarie. La verdad histórica está ahí sin paliativos y sin engaños. Los últimos tomoches “tendidos y moribundos, sangrando, humeando todavía sus carnes y sus harapos, les acaban de fusilar”. La gesta de los tomoches se va a cerrar con una frase económica, ceñida y escueta en su terrible desesperanza: “con el último tomochiteco había terminado la campaña de Tomóchic”.⁸

⁶ Heriberto Frías, *Tomóchic*, 12ª ed., México, Porrúa, 2001, (Sepan cuántos, 92), p. 174.

⁷ *Ibid.*, p. 176.

⁸ *Ibid.*, p. 175.

Esto me ha permitido una reflexión, la agresión es la misma en términos éticos; las víctimas de tal agresión aumentan proporcionalmente con relación al poder agresor; y como última reflexión, no importa el tamaño o poder del represor, en cada uno de los casos, la única instancia salvadora es luchar contra él, sin importar lo que se deba pagar por ello, porque de no hacerlo así el destino último de la víctima es ser aniquilado como el señor K. de *El proceso*.